

EL HOMBRE DE PUEBLO- La Albacería

Recuerdos de antaño.

Me siento feliz por ser de pueblo. JOSA es donde yo nací, el fallecimiento de mi padre siendo yo niño hizo que mi madre buscara otros horizontes y emigramos a Zaragoza.

Recuerdo que en sus viajes a Zaragoza el “tío Marcelino” nos visitaba siempre, él había sido buen amigo de mi padre, no sé si también algo parientes, los dos se apellidaban Nebra.

Una de estas visitas coincidió con las fiestas del Pilar y el acompañé a presenciar un festival de jota. Su primer comentario fue, ¡estos baturros de la capital no saben ni ponerse el pañuelo! lo llevan anudado al lado contrario. También hacia su comentario a los estilos de jota que cantaban y para su entender particular nadie superaba a Carela, cantador de Alcaine.

La presencia de este pueblerino en nuestras fiestas no constituía ciertamente ningún acontecimiento pero sí una prueba de independencia. Ataviado con su característico traje de pana y su boina, rudo, tosco, bravío, comienza por proclamar que en su rincón vive tan ricamente y que su espíritu no se adapta a las trapisondas y artificios de los hombres de la ciudad, es ante todo cosa propia que ni venderá nunca ni desvirtuará por las cosas de la evolución. Así se le ve caminar, ni infautado por lo que su pecho conserva de saludablemente rústico, ni amilanado tampoco por lo que le falta.

En la capital es un forastero cuya indumentaria pintoresca a veces promueve una belleza en el fondo ya que rompe la uniformidad de gentío trajeado a la moda de la ciudad, pero este forastero que vino al ajetreto mundo de la urbe a hacer sus compras para surtir su sencilla abacería rural, también su presencia es para darnos una lección.

A darnos una lección a nosotros los hombres de la ciudad con nuestra neurosis, víctimas de pago de arbitrios más o menos indirectos, impuestos del estado y municipales, letras de cambio, etc...

Nada de esto se lleva por nuestro apartado rincón turolense, donde nuestro huésped lucha a su modo con la vida acarreando leña, alfalfa y todo lo que cosecha en sus campos y huerta, trabajando la tierra junto a sus hijos, destajando su ganado cuando llega el pastor, ejerciendo un menester humilde que le permite ir aplazando sin grandes complicaciones el momento de rendirse, como cada hijo de Dios.

Anciano, pero inmovible, curtido por el sol y los cierzos, el tío Marcelino nos visita de vez en vez con el tesoro de su salud moral.

Tal vez algunos ciudadanos se rían de su atavío pero nuestro paisano sabe que la burla ni mata ni rinde. Cuando solvente lo que ha traído hacer a la ciudad tornará a Josa, su pueblo querido sin melancolía, sin pesar alguno, con la alegría de encontrarse con su familia y amigos, seguir con su trabajo, intercambiando en su abacería sardinas “rancias” por huevos frescos de gallina.

En esta abacería, el tío Marcelino y su esposa María “la huesita”, se le daba este apodo por ser nacida en Huesa del Común, vendían de todo, sopa, garbanzos, arroz, embutidos, etc... También azadas, puntas, cerraduras, pucheros, ollas, sartenes, sogas, en fin, de todo. El tío Marcelino era una persona muy amable y querida.

Soy un anciano pero vivir en el pueblo durante unos meses al año me rejuvenece, me siento feliz, distinto, tranquilo, recordando mi niñez, los baños en el pozo de la fuente, cuando un poco mayores en la basa del “tiro bolo”, y también alguna vez en la del molino alto, esto con la advertencia al molinero de que no soltara la balsa, ya que el remolino que se producía al levantar la compuerta podía ser peligroso.

El juego de los carrones de nueces en la corraliza, el de “a la una anda la mula”, el del “churro media manga”, “ministros y ladrones” y las prevenciones que teníamos que tomar para evitar el mimbre del tío Adán y tío Martín en nuestras correrías por las huertas en busca de manzanas, peras, prescos y todo lo apetecible que se criaba en huerto ajeno.

Un recuerdo para los que ya no están entre nosotros y en particular para mi amigo Angel que juntos vivimos intensamente nuestra infancia.

MARTIN NEBRA